

## Cabalgando hacia la libertad

Esta mañana, cuando la jornada apenas despuntaba y comenzaba con mi rutina habitual, nada me hacía prever que acabaría la noche aquí, sentada en mi escritorio, frente a una hoja en blanco, tratando de desentrañar una parte de mi historia familiar que, por miedo, dolor o vergüenza, ha permanecido silenciada, oculta y relegada durante generaciones.

En clase de Historia, Carmen, nuestra profesora, nos propuso como trabajo de fin de curso la investigación y desarrollo de nuestro propio árbol genealógico, desafiándonos a rastrear el mayor número de antepasados posible. La idea me entusiasmó de inmediato: mi bisabuela Aurora, que lleva años viviendo con nosotros, sería la cómplice perfecta para este reto. Hace tiempo le habilitamos una zona especial en casa, un espacio diseñado para que conserve su independencia, aunque siempre bajo nuestra mirada atenta. "Es muy suya", dice mamá, y así, respetando su carácter, hemos aprendido a cuidarla sin invadir su intimidad. "Sí, la bisa será mi aliada", pensé. ¿Qué mejor pretexto que este trabajo para compartir una tarde con ella, escuchar sus recuerdos y dar forma a las raíces de nuestra familia?

Contar con su presencia representaba una clara ventaja sobre gran parte de mis compañeras, y, envuelta en ese entusiasmo inicial, jamás imaginé que aquella situación me conduciría a un descubrimiento tan inesperado. Los apellidos de mi bisabuela Aurora no son biológicos, sino adoptados. Con este hallazgo, entendí también que el verdadero linaje de mi familia desaparecerá con ella, y que mi árbol genealógico nunca podrá completarse siendo fiel a la realidad. Pero, en lugar de sentirlo como una carencia, decidí verlo como un nuevo comienzo, mi trabajo culminará con la redacción de su historia, la contaré con la dignidad que merece y explicaré el porqué de este desenlace. Lo haré por ella, por su reparación, y para que jamás se olvide. Lo que ella lleva grabado en el corazón quedará, cuando termine mi trabajo, igualmente grabado en el de todo aquel que guste de leerlo.

Impaciente por empezar cuanto antes con la tarea, fui a buscar a mi bisabuela tras el almuerzo. Allí estaba, sentada en su sofá, arropada con las enaguas de su mesa camilla, concentrada en coser un viejo sayo. Su pelo ralo teñido de canas, las gruesas gafas y esas manos arrugadas hilvanando con precisión me llenaron de ternura. Intentaba cortar el hilo con sus pocos dientes cuando reparó en mi presencia.

—¡Ana, qué alegría! ¿Qué haces ahí parada? Anda, ven, dame un beso y siéntate conmigo.

—Hola, bisa. —La besé y me acomodé junto al calor del brasero—. ¿Cómo estás, qué tal el día?

—Aquí todo igual, hija. Las horas pasan demasiado lentas, en cambio los días son demasiado cortos... Si pienso en los meses, me parecen una eternidad. Y los años, ¡ay, los años vuelan!

Me reí.

—¡Vaya contradicción, bisa! —reí mientras sacaba el móvil—. Vamos a hacernos un selfie, hoy necesito tu ayuda con un trabajo de clase y tu tener tu foto me vendrá bien.

—¿Ah sí? ¿Qué trabajo?

—Un árbol genealógico. Quiero que me hables de tu familia, de mis antepasados.

Entonces, su expresión cambió. Su sonrisa se desvaneció y miró al suelo, como si estuviera buscando fuerzas. Tras un largo silencio que me desconcertó, alzó la vista y, con voz quebrada, dijo:

—Llevo años pensando que todo esto que guardo aquí —señaló su pecho con una mano temblorosa— se iría conmigo. He sido feliz, sí, pero mi alma quedó rota. Tu abuelo y tu madre siempre evitaron preguntarme, pero ya que tú quieres escuchar, aunque veas que me duela, tú aguanta. Te lo contaré todo a cambio que lo escribas para que nunca nadie olvide.

---

*«Si me remonto a mis primeros recuerdos de infancia, hay uno que se alza con claridad: la tarde en que mi madre se puso de parto para traer al mundo a mi hermano Joaquín. Solo llegamos a ser dos hermanos, yo, que ya correteaba pizpireta, y el pequeño que llegaría ese día. Mi madre, siempre tan serena, tan callada, aquel día rompió en gritos que helaban la sangre. No podía contener el llanto. Las vecinas, alertadas por sus clamores, no tardaron en llegar. En un abrir y cerrar de ojos, todo estaba en marcha: dos de los zagales de la barriada salieron corriendo hacia el campo en busca de mi padre, mientras otros corrían a avisar a quien más tarde supe era la partera del pueblo. Cuando aquella mujer grande y de manos firmes cruzó la puerta de nuestra casa, lo primero que*

*hizo fue ordenar que me sacaran de allí. “Agua caliente y paños limpios”, exigió con una voz que no admitía réplica, mientras se arremangaba, dispuesta a recibir al recién llegado.*

*En aquel tiempo, los niños del pueblo pasábamos el día buscando alimañas en el campo. El hombre al que llamábamos el guarda, rudo y parco en palabras, siempre con su carabina al hombro y su yegua torda, nos recompensaba con un pellizco de pan y una onza de chocolate por cada culebra, lagarto o serpiente que le llevábamos. Apenas atrapábamos uno, corríamos a cobrar nuestro modesto jornal. Así transcurrían nuestros días, hasta que nuestros padres acondicionaron una vieja casona abandonada y nos presentaron nuestra flamante escuela. Qué bien lo pasábamos con aquella maestra forastera, que se adaptó maravillosamente a nuestro pueblo. Todos, sin importar la edad, íbamos allí, y ella, con paciencia, atendía a cada uno con cariño y buen hacer.*

*La mayor pena que tengo es que de mis padres conservo muy pocos recuerdos, pues he intentado poner cara muchas veces a mi madre: cómo eran sus ojos, cómo su nariz, cómo su pelo... Solo recuerdo que era esbelta, vestida con vestidos largos, que diría ceñidos hasta la cintura, donde caían a modo de enaguas hasta cubrir sus pies. También guardo la suavidad de sus manos cuando acariciaba mis mejillas para darme las buenas noches, quedándose luego allí, esperando a que papá llegase de la taberna, casi siempre amamantando a Joaquín, al que siempre recuerdo en sus brazos.*

*De mi padre conservo aún menos recuerdos, si es que se pueden llamar recuerdos. Era un hombre alto, muy delgado, y siempre vestía camisa blanca y pantalón oscuro, que bien parecía que quien se las había prestado sería el doble de corpulento que él, pues sobraba tela por todos lados. Nunca faltaba un pitillo medio encendido entre sus labios, y de normal estaba o trabajando en el campo o en la taberna. Eso sí, al llegar siempre se acercaba a mi cama, me daba una caricia con sus manos rudas y ásperas, y un beso que me impregnaba de su olor agrio, mezcla de vino y tabaco, pero que a mí me sabía a gloria. Me resistía a dormir para esperar, simulando estar dormida, y entonces sí, con el ritual cumplido, me rendía al sueño profundo.*

*De un día para otro, todo cambió, no te puedes hacer una idea de lo rápido que puede cambiar tu vida. Recuerdo que la maestra desapareció, y a los chiquillos nos prohibieron deambular por el campo como solíamos hacer. Algo estaba ocurriendo, pero nuestra*

*inocencia no nos dejaba comprender la magnitud de lo que se avecinaba. Papá comenzó a descuidar su rutina para conmigo, y cuando llegaba a casa, en lugar de darme mi beso de buenas noches, se quedaba discutiendo con mamá en susurros. Yo les escuchaba desde mi cama, aunque no entendiera del todo lo que decían.*

*Pronto empecé a incorporar a mi vocabulario nuevas palabras, cargadas de un peso que entonces no entendía: miliciano, barricadas, fascistas, guerra. No hizo falta salir de casa para aprenderlas; a las rutinas de papá se sumaron unas reuniones clandestinas que se celebraban en nuestro propio salón. Varios hombres se reunían con él, hablaban bajo, pero algunas palabras se colaban hasta mis oídos. A veces papá, en mitad de la noche, salía con ellos y no volvía hasta el día siguiente. Mamá, por su parte, había tomado la costumbre de meterse en la cama conmigo y con Joaquín, abrazándonos a ambos. En las noches que papá no regresaba, sentía cómo mamá lloraba en silencio, su cuerpo temblando mientras intentaba no romperse del todo. Mi hermano y yo nos encogíamos buscando hacernos invisibles al miedo que empezaba a invadirnos.*

*La noche que papá irrumpió en casa anunciando que debíamos marcharnos, llevábamos semanas oyendo el estruendo de bombardeos y el fragor del frente, cada vez más cercano. Aquella noche, traía consigo una mula y apremió a mamá a recoger lo imprescindible, a cargarlo en los cerones y a auparnos a Joaquín y a mí sobre lomo de aquel nuevo animal que se unió desde entonces a nuestro séquito. Entre tanto, papá, alimentaba el rescoldo de la lumbre aún humeante, con unos papeles que comenzó a sacar de una orza de barro que había en la cocina. Pronto brotaron llamas voraces que consumieron todo rastro de aquellos documentos.*

*En cuestión de minutos, comenzamos nuestra huida hacia lo que papá llamó "la capital". Solo al cabo de dos días entendí que hablaba de Málaga. Recién iniciado el camino, aún junto a la casa, el estruendo de los combates se escuchaba atterradoramente cerca, como una tormenta inacabable que rugió hasta bien entrada la madrugada. No sé si el amanecer nos trajo alivio porque nos alejamos lo suficiente o porque la batalla cesó.*

*No íbamos solos por aquellos caminos, desde la salida del pueblo nos encontramos con otros vecinos que seguían la misma senda, formando una silenciosa procesión de miedo y esperanza. Solo hicimos las paradas imprescindibles para alimentarnos, siempre con el corazón encogido y el oído alerta a cualquier sonido que rompiera la frágil calma.*

*Al llegar a la capital las calles estaban abarrotadas de huidos como nosotros. La marea humana nos arrastró hasta la plaza de la catedral, donde incontables personas se hacinaban junto a sus muros. La noche caía rápido y no tuvimos tiempo para decidir. De aquellas primeras noches al raso recuerdo el frío tan insoportable, calándonos hasta los huesos. Por más que nos apiñábamos unos contra otros, las noches eran eternas, sin sueño posible. Escuchábamos gente deambular, lamentos, toses, incluso el castaño de dientes de quienes teníamos más cerca. El frío y la incertidumbre nos derrotaban.*

*Y cuando ya creíamos que la situación no podía empeorar, llegaron los bombardeos. La ciudad se transformó en un auténtico infierno. De no haber sido porque las autoridades abrieron las puertas de la catedral, y la tomamos como refugio, no habríamos resistido mucho más allí. Aquellas paredes sagradas, aunque frías y austeras, nos dieron un respiro en medio del caos.*

*Una vez dentro de la catedral, aquello se transformó en un pequeño pueblo. El espacio era mínimo, abarrotado de gente, animales y enseres, pero la necesidad nos obligó a unirnos en una especie de comuna donde todos compartíamos lo poco que teníamos. A los niños nos prohibieron salir por el riesgo de los bombardeos, que no cesaban durante el día. Los motores de los aviones retumbaban con eco en aquellas paredes inmensas, y las bombas hacían temblar los pilares. El estruendo era ensordecedor, y si alguien no regresaba tras salir, la espera se hacía eterna hasta verle aparecer.*

*Al miedo de los acontecimientos, se sumó el miedo de mamá a quedarse sin pecho para alimentar a Joaquín, por lo que en cuando nos asentamos, papá puso su mula y su trabajo cada día en disposición de las autoridades y por el servicio de acemilero cada noche aparecía con los pocos alimentos que eran nuestra única ingesta diaria. Allí cada noche antes de apagar los candiles de aceite, nos reuníamos alrededor de un viejo transistor de un señor solitario y con él, todos escuchábamos el parte diario de guerra. Fue entonces cuando comenzaron a llegar los relatos de las atrocidades del temido General Queipo de Llano, con sus discursos llenos de amenazas y brutalidad. Sus promesas de tomar la capital "a sangre y sexo" se convirtieron en un nuevo motivo de terror que helaba la sangre aún más que las bombas.*

*Los niños y niñas que habitábamos aquel lugar heredamos el pavor de nuestros mayores: de sus miradas perdidas, sus lamentos ahogados y su desconsuelo. Entre*

*aquellas paredes escuchábamos conversaciones que nos enseñaban expresiones tan inquietantes como desconocidas: "...que vienen los moros...", "...violan mujeres y niños...", "...degüellan y torturan..." Frases que se nos clavaban en el alma sin saber bien lo que significaban, simplemente alimentaban un miedo que se fue convirtiendo en legado.*

*Pronto la desesperación nos obligó nuevamente a huir, aquella mañana primero llegaron unos milicianos, que anunciaron con semblante grave que Málaga caía sin defensa, que las autoridades habían ordenado abandonar todo conato de lucha por defender la ciudad... No tardaron en aparecer civiles despavoridos, que delante de las puertas de aquel edificio circulaban al grito de "¡Que vienen los moros! ¡Que vienen los moros!". Rota la calma, todo se transformó en un éxodo de familias que comenzaron a recoger sus escasas pertenencias y abandonaban el edificio una tras otra. Mamá, con Joaquín en sus brazos y yo, permanecemos inmóviles, mirándonos en silencio. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras esperábamos, tensas, el regreso de papá. No sé cuánto tiempo pasó hasta que por fin apareció, jadeante, tirando de la rienda de nuestra mula. Con voz urgente y sin detenerse, le dijo a mamá: "¡Recoge todo lo que puedas! Cargamos la mula y nos vamos. ¡Antes de que caiga la noche, esta ciudad será de esos malditos moros!"*

*Ya en el camino recuerdo a papá intentando calmar a mamá: "Tú tranquila, mujer. Mientras tengamos la bestia, los niños van bien ahí, y nosotros aguantaremos andando". Y tiraba de las riendas con cabeza cabizbaja y flanqueando al animal, cada uno a un lado. Y así recuerdo aquel primer día, sin grandes sobresaltos. La noche la pasamos en el primer pueblo al que llegamos, aunque no había refugio para nadie. Terminamos resguardándonos como pudimos en una plaza. Antes del amanecer, ya estábamos en marcha de nuevo, con el miedo constante a que los soldados nos alcanzaran.*

*Cuando regresamos a la carretera, aún entre sombras, el eco de dos grandes buques resonó frente a nosotros, alineándose paralelos a nuestra posición. La gente murmuraba con alivio, creyendo que eran nuestra salvación. Yo, maravillada, contemplé por primera vez aquellas inmensas siluetas negras, tan cercanas que distinguíamos a los marineros sobre sus cubiertas. Al avanzar la mañana, el primer estruendo rompió el aire. Los cañones escupieron fuego, y la ilusión se transformó en terror. El caos se desató: gritos, carreras, polvo, humo, sangre. Disparaban a las montañas para que se derrumbaran*

sobre la multitud. Mi padre, con una fuerza desesperada, nos agarró a mi hermano y a mí, arrastrándonos a la cuneta. Nos cubrió con su cuerpo como si fuéramos sacos, protegiéndonos del horror. Sentí las vibraciones de las detonaciones mientras pequeñas piedras y esquirlas llovían sobre nosotros. Mis oídos dejaron de escuchar. Todo se volvió un silencio roto por el latir acelerado de mi miedo, incapaz de moverme, paralizada bajo el escudo de su cuerpo.

La primera muerte que vi no fue humana, fue nuestra mula. Salir de la cuneta y encontrarla en mitad del camino, deshecha sobre un charco de sangre, fue un golpe brutal. Apenas reconocí en aquel amasijo de carne lo que antes nos había acompañado y acarreado hasta allí. Mi padre, con firmeza, nos ordenó: "No mires, hija, no mires. Sigue adelante, no te pares". Y así lo hicimos. Pero el suelo, que antes apenas se veía por la muchedumbre, ahora estaba cubierto de cuerpos: muertos, heridos, lamentos. Los vivos, desesperados, buscaban a sus seres queridos entre el horror, gritos de dolor, de agonía, de desesperación nos envolvían. Mi padre, con ojos encendidos de polvo y miedo, insistía: "Adelante, no miréis atrás". Las ropas rotas, las caras sucias, el terror tatuado en nuestras almas. No caminábamos, corríamos. Corríamos, temiendo que aquellos monstruos de acero en el horizonte desataran otra tormenta de fuego, envueltos en una atmósfera asfixiante de terror y desolación.

En esta nueva etapa, papá y mamá se entendieron en pocas palabras: él cuidaría de mí, ella de Joaquín. Si nos separábamos, nos esperaríamos en el siguiente pueblo. Al comenzar a andar, mis ojos solo captaban un mar de gente desbordada: algunos corrían, otros lloraban, muchos gritaban. Todos desamparados, todos avanzando sin mirar atrás. Cada tanto, un vehículo irrumpía, y apenas se percibía el rumor de su motor, la presión entre cuerpos se volvía insoportable. O avanzabas, o te pasaban por encima. El cansancio no tardó en llegar; nuestros precarios calzados se deshacían en la grava suelta. Hambre seguro pasamos, pero lo que más recuerdo es la sed. La pérdida del mulo nos dejó sin víveres, y lo peor, sin agua.

Los buques comenzaron un nuevo bombardeo, pero esta vez lo vimos desde la distancia. Habíamos avanzado lo suficiente como para ser simples espectadores de la atrocidad. Tan pronto como los cañonazos retumbaron, el pánico se propagó y la multitud empezó a correr. Mi padre me tomó en brazos y nos unimos a la estampida, perdiendo de vista a mi madre. Desde la altura de sus brazos, vi cinco pequeños puntos negros en el cielo, que

*se movían con extraña parsimonia hacia nosotros. Intenté advertirle, pero el estruendo era ensordecedor. A nuestro alrededor, la gente comenzó a gritar con esperanza: "¡Son aviones aliados, vienen a salvarnos!"*

*Miedo y júbilo se mezclaban en una marea de emociones. Nada más lejos de la realidad. Los puntos se convirtieron en pájaros de acero que desgarraban el aire con el rugido de sus motores. Cuando abrieron sus vientres, las bombas cayeron como lluvia mortal sobre aquel río humano que corría desesperado por la carretera, mientras nosotros, a unos cientos de metros, éramos testigos impotentes de la atrocidad. Para cuando los aviones alcanzaron nuestra altura, ya habían vaciado sus depósitos, pero lo peor estaba por venir: comenzó un ensordecedor tableteo que, décadas después, sigue desgarrándome y arrancándome del sueño en noches de pesadilla. Nos estaban ametrallando... Mi padre miró a un lado: el acantilado y el mar; al otro, una franja estrecha de matorrales y cañas que separaba la carretera de la montaña. Sin dudarlo, se lanzó conmigo al suelo y corrimos acucillados hacia el cañaveral. Me arrastré como pude entre las cañas, impulsada por el miedo a ser arrollada por la multitud enloquecida logré meterme entre los arbustos, con el cuerpo pegado al suelo. Sentía mi corazón desbocado resonar en mis oídos. Con la cara contra la tierra y las manos sobre la cabeza, lloré y grité, pero mi voz no rompía el muro del terror. Las vibraciones no cesaban. Cada vibración era un eco de muerte: proyectiles, bombas, pasos desesperados. Una mezcla de humo, polvo y el acre olor a tierra quemada se arrastraba hasta mi posición, impregnando el aire.*

*Para cuando logré recuperar la compostura, mis oídos ya no percibían el ruido de motores, ni el estruendo de los cañonazos, ni las bombas destrozando la montaña. Tampoco escuchaba el seco y mecánico tableteo de las ametralladoras, ni el impacto de los proyectiles arrasando todo a su paso... Mi olfato había dejado atrás el polvo y el olor a tierra quemada. Al salir de aquel cañaveral, mis ojos ya no captaban explosiones, ni columnas de humo, ni nubes de polvo. Sin embargo, mis oídos comenzaron a llenarse de quejas, lamentos y gritos; mi nariz se impregnó del hedor a muerte, sangre, vísceras y carne calcinada. Ante mí se desplegaba un océano de cuerpos destrozados, desordenados de forma escalofriante, los brazos de los heridos se alzaban en súplica, rostros desfigurados por el desconcierto, gentes de un lado a otro buscando desesperados a sus familias...*



*Tardé unos minutos en reaccionar, pero entonces comprendí que estaba sola en aquel infierno. Grité con desesperación, primero buscando a mi padre: ¡Papá, papaaaaa! ¡Papá, estoy sola, no te encuentro! Corrí unos pasos y cambié el grito: ¡Mamá, maaaaaaa! ¡Mamá, ayudaaa, estoy solaaa! Mi voz se desgarró mientras las gentes pasaban a mi lado, mirándome con pena, con una tristeza muda que parecía pedir perdón por no poder hacer nada por mí.*

*Quise continuar avanzando hasta que el dolor en mis pies me lo impidieron. Al mirarlos, descubrí que estaban descalzos, llenos de llagas y heridas abiertas por la grava del camino. Me dejé caer al suelo, incapaz de dar un paso más. Una anciana que venía detrás se detuvo y, al ver el estado de mis pies, murmuró una plegaria. Con trozos de tela arrancados a las ropas de un cuerpo cercano, improvisó unas vendas toscas y me ayudó a ponerme en pie. Caminé unos pasos antes de desplomarme de nuevo. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras me pedía perdón. "Ya no puedo hacer más por ti," dijo con voz quebrada antes de darme la espalda y seguir adelante, dejándome allí, abandonada a mi suerte.*

*El flujo de gentes no cesaba y temiendo que me pisotearan, me aparté hacia el margen derecho haciéndome un ovillo al filo del acantilado. Me senté, hundí la cabeza entre las rodillas y deseé, con toda mi desesperación, que los bombardeos volvieran, que los aviones regresaran y me liberaran de aquel infierno que desmoronaba la poca cordura que podía quedarle a una niña. Pero no pasó nada. El silencio me envolvió, y me convencí de que aquel era mi final.*

*Perdí la noción del tiempo. De repente, un sonido rompió la quietud: un caballo al galope. Cada vez más cerca. No levanté la mirada, ni siquiera cuando el ruido se volvió atronador y sentí las piedras que los cascos del animal levantaban golpeándome el costado. ¡Sooooo! Escuché cómo el jinete detenía al animal justo a tiempo antes de pasarme por encima; "Pero chiquilla, ¿qué haces ahí parada? ¡No ves que va a caer la noche y te vas a helar, carajo?" Levanté la cabeza, y ahí estaba: un miliciano con uniforme impecable, su gorro cuartelero inclinado de medio lado. Me dedicó una sonrisa, la primera sonrisa que veía en meses. Sin decir una palabra, se inclinó desde la montura y extendió sus brazos. Me dejé levantar como si el peso de mi cuerpo ya no existiera. Me acomodó delante de él, me rodeó con sus brazos fuertes, y con un firme golpe de espuelas, el caballo arrancó. Marchamos de allí y juntos **cabalgando hacia la libertad.** »*

---

Un suspiro profundo y las lágrimas surcando su rostro marcaron el fin de su relato. Tras unos segundos de silencio, intenté disculparme por hacerla revivir aquello, pero me interrumpió con voz serena.

—Ana... —dijo, tras un largo suspiro—. Si consultas mi partida de nacimiento, verás que pone 14 de febrero de 1931, Motril, Aurora Martínez Jiménez. Pero la verdad es que nunca sabré cómo me llamaron mis padres, ni mi edad real, ni dónde nací. Esa fecha marca el día en que llegué a un refugio, después de escapar de aquella carretera maldita. Los médicos, al no saber nada de mí, decidieron que debía tener seis años y nací ese mismo día. «¿Y cómo la llamamos?», preguntaron. El encargado miró por la ventana, donde las primeras luces del alba asomaban. «Aurora», respondió. Así quedó escrito. Pero nadie vino a buscarme. Fue otra familia quien me dio los apellidos que ahora llevo.

A mis noventa y tres años, mi vida es tranquila, pero la memoria no descansa. Cada vez que veo noticias de guerras y violencia, me pregunto cómo es posible que el mundo no haya aprendido nada. He visto avances en educación, medicina y ciencia, pero seguimos fallando en lo esencial: convivir en paz. Al ver imágenes de refugiados, de niños perdidos, no puedo evitar recordar mi historia. No sé qué duele más: el horror vivido o saber que el ser humano sigue repitiéndolo. La Desbandá no fue solo una huida, sino un símbolo de resistencia. Hoy, gracias a tus preguntas, he podido desnudar mi alma. Y sé que mi historia no morirá conmigo.

**FIN**